EL SEÑOR CALLEJA EN QUAUTLA.

Habiendo entrado en México el Sr. Calleja, General del Exército grande del Rey, contra los Americanos Insurgentes; habiendo entrado en México el dia de su Patrono y Mártir San Felipe de Jesus, 5 de febrero de este año de 1812 con su Exército formado; y siendo recibido uno y otros en esta Capital de un inmenso gentio, entre las mayores demostraciones de regocijo y alegria, entre las aclamaciones y vivas que se merecia un General y Exército, à quien todos los buenos Vasallos de Fernando VII admiraban y adoraban por las prodigiosas victorias de Aculco, Guanaxuato, la grande de Calderon y Zitáquaro, aparte de otras muchas, bien que de menor ruido respecto de estas quatro: apenas descansa siete dias de las fatigas pasadas, sale para el infeliz pueblo de Quautla en donde estaba Morelos, aquel otro indigno Cura que consintió lograr lo que no logró su maestro el hipocriton Hidalgo. Sí, Morelos, que sin disputa consintió entrar en Mexico, se fortifica para el efecto en Quautla con su grueso exército de lo mas escogido, bien armado y disciplinado. Comunica sus òrdenes à los otros Exércitos Insurgentes, comandados por sus respectivas Cabezas, les intima se acerquen lo mas que puedan à los alrededores de México, que estén listos, para que à su salida de Quautla, ultimo término de sus conquistas, se siga irremediablemente la entrada en la hermosa

Corte, y cante la victoria el Complot Insurgente. Sin duda serian recibidas las órdenes de Morelos con el mayor gusto; y los capataces que las recibieron contextarian á su Alteza contara con todos, lo mismo que con el terrible Exército que acompañaba á su Imperial persona.

Los Insurgentes vergonzantes á quienes no se ocultarian estas próxîmas disposiciones, no dexarian de lisongearse, pudieran surtir un feliz exîto, porque ¿ no es de presumir filosofarían del modo siguiente? Es verdad, dirian, que hemos perdido las mejores batallas; Calleja ha triunfado de nuestros Insurgentes, fueran pocos, fueran muchos; ha triunfado de Hidalgo, de Allende, de Rayon, ¡ahí veremos si triunfa de Morelos! Morelos tiene otra táctica, tiene franceses, Angloamericanos hábiles en la milicia, tiene gente valiente, armada, disciplinada: la gente de Morelos no es como la otra con quien ha peleado Calleja; son negros, mulatos, hombres feroces, que á la primera embestida barren con los de Calleja; ¡ahí verá Calleja quien es Morelos y su Exército! Morelos quitará las glorias á Calleja, Morelos entrará en México, por Morelos saldremos de los diablos de los gachupines. Es regular que en sus conferencias secretas echàran estas cuentas alegres.

Va Calleja à verse con Morelos á ver que animal de las Indias era aquel que tanto llenaba de confianza á la caterba Insurgente; y no bien se arrimó á Quautla, quando de improviso le disparan los terribles negros y mulatos. Solo un trozo del Exército recibe las primeras descargas: los enemigos estaban escondidos en sus preparadas fortificaciones, de donde podian causar gravísimo estrago en los de Calleja, sin que à

llos se les pudiera hacer la menor lesion; lo qual entendido por el sabio General, ordena à los suyos se retiren; estos se retiran, y aquellos quedan refugiados en su fortaleza; y esta fue la primera y la última accion mas gloriosa del negro Exército de Morelos en la temporada que duró en Quautla.

Ea, ya estamos en el punto crítico; ya están los dos Exércitos frente á frente. Morelos tiene reunidas sus fuerzas, tiene las provisiones necesarias, víveres, municiones; tiene crecido número de Caballos; Lanzas, Fusiles, Artilleria; está bien atrincherado, tiene sugetos que dirijan las evoluciones militares con la mayor destreza; no temais, dice à los suyos, no me vencen. Con eso el partido de los Insurgentes está lleno de satisfaccion. Esté en hora buena.

Calleja está en Quautla, sabe las fuerzas y pertrechos del enemigo; sabe la destreza y valor de las tropas del Rey; entiende que si se empeñara en ello desalojaria à Morelos del puesto, le derrotaria el Exèrcito; mas no quiere tomar esta resolucion, porque economiza quanto puede la sangre de sus soldados; y estando los contrarios en posicion tan ventajosa, necesariamente habian de matar parte considerable de aquellos, cosa que de ninguna manera quiere el Sr. Calleja, y asi toma otro partido, que si bien era de mayor dilacion, preservaba la vida de su querida tropa. Planta cerco al goliat Morelos. ¡Fàtal determinacion para el soberbio indio! Desde este momento la fortuna que le habia sido propicia por espacio de diez y seis meses, empezó à mudarse. Aquella furia que manifestaron los suyos al primer encuentro con los de Calleja, calmó. Miran con respeto à los que los sitian, les tienen miedo, reconocen en ellos superioridad en valor y mano-

jo de las armas, se reconcentran en su especie de plaza, se fortifican mas y mas, se dan por cercados. Sin embargo, repetidas veces dan sus embestidas al Exército, mas sin fruto; quantas ocasiones salen, tantas son forzados á recogerse adentro, dexando en cada salida muchos muertos en el campo. Vienen de afuera á romper la linea, é introducirles víveres; los de la linea los destrozan, los hacen huir, les matan muchos cientos, les quitan las armas, los víveres. Repiten el intento, salen al mismo tiempo miles de los de adentro, con el objeto de cojer á los Sitiadores entre dos fuegos, y ni por esas; los Sitiadores se defienden vigorosamente por ambas partes, vuelven á destrozar á los de afuera y obligar á los de adentro á tornar á su sitio. Ultimamente, viendo los cercados, que nada menos que quince mil que andaban á las inmediaciones en casi tres meses no fueron hombres de introducirles un mínimo socorro, perdieron las esperanzas; se persuadieron que de afuera no tenian que aguardar nada, que Calleja se está en Quautla sin levantarles el sitio intesin ellos perseveren rebeldes; entregarse de ningun modo quieren, salir al descubierto á medir sus armas á brazo partido con los de Calleja tampoco, no se consideran capaces. ¿Pues que arbitrio para salir de Quautla? El entendimiento apretado discurre. Entre los diversos ardides que debemos suponer inventaron el que les parecio mejor, y en el que todos convinieron fue en una escapada de noche á todo riesgo, la que pusieron por obra á las dos de la mañana del sabado 2 de Mayo, hora en qué el Exèrcito, como que nada sabia, no estaba tan prevenido. Sale el desesperado Exército al abrigo de las sombras nocturnas no desordenado, sale en órden con Fusiles, Caballos

Lanzas; atropellan por dos puntos, y á pesar de su precipitacion, el General Calleja alarma á los suyos, da las disposiciones que pedia el caso repentino, y en las tinieblas de la noche: acude el Exército, cargan sobre ellos, matan, siguen á los que escapan, siembran de cadàveres seis leguas de camino. Con todo este lucimiento salió de Quautla el Bonaparte de la America, el Indio Morelos con su Imperial Exército, dexando burlados no á los de Calleja á quienes se jactaban habian de sacrificar sin dexar uno, sino á los otros Insurgentes que con su Morelos contaban con la presa en la mano, con la entrada en México, con la victoria de la sublevacion, con la suspirada libertad é independencia. Ya se vé, no era para menos.

Morelos, cuyas virtudes se dieron à conocer mas, desde que la Insurgencia le dió paso libre, Morelos, en quien sus apasionados veian un Cura de Almas qual se podia desear, un espejo de Sacerdotes, un Eclesiástico exemplar, humilde, caritativo, templado, casto, zeloso de la gloria de Dios no de la suya propia, del bien de los próximos por quienes empezó á predicar en las costas de Acapulco, y siguió su Mision hasta Quautla exhortando à los pueblos à guardar la Ley de Dios, al amor de Dios y del próximo, á la fraternidad unos con otros sean de la tierra que fueren, à no hacer mal à nadie, no quitarle lo que es suyo: Morelos que atrajo así los pueblos por donde pasaba con las armas propias de los Eclesiásticos, con el Evangelio, la mansedumbre, el exemplo, no con fusiles ni cañones: Morelos que emprendió tantos trabajos por el Rey, por la nacion, por la Religion de Jesucristo; porque sus compatriotas no se entregaran al desenfreno de las pasiones, no convirtieran la América

en otra Sodóma, no perdieran la Fé, no volvieran à la barbarie, è idolatrias antiguas, y quedaran peor que antes de conquistados, conseqüencias que debian temerse, que necesariamente habian de seguirse de la desobediencia, de la independencia, de la libertad de Conciencia: Morelos :::: por poca Fé que tuvieran sus devotos ¿no debian contar con los triunfos de Morelos? ¿Con que el Cielo favoreceria sus intenciones, premiaria sus tareas Apostólicas? ¡Vál la esperanza del hipócrita perecerá, Job. Cap. 8. No duran siempre las prosperidades de los impios, no siempre prevalecen contra los buenos: Dios que les consiente la impiedad por algun tiempo, quando le place pone límites à sus desórdenes, los derriba hasta lo profundo de la ignominia, del abatimiento. Se vale de un David contra el gigante Goliat, de Esther contra Aman, de Judith contra Holofernes, y de Calleja contra Morelos.

Calleja en Quautla corta los pasos á Morelos, abate su vanidad, aniquila su Exército, coge la Artilleria entera, muchas armas, municiones; setecientos prisioneros, mata en la vergonzosa fuga quatro mil, que juntos à los miles que durante el cerco habia matado, ya de los de afuera que iban à darles auxîlio, ya de los que salian de adentro à escaramucear, ya de los que mataban en el pueblo las granadas y bombas que de dia y de noche se les tiraban, no baxan de diez mil. Calleja en Quautla aterra à los Insurgentes mas feroces: un cerco sabiamente dispuesto, una tropa disciplinada y valiente, entusiasmada con el honor de las victorias pasadas, segura de que defiende la causa de Dios, el estrépito horroroso, las balas, el fuego, la mortandad los llena de la mayor consternacion: siempre sobresaltados, pálidos, antes de morir medio muer-

tos, y esperando por momentos una muerte pésima Quautla es para ellos una semejanza del fin del mundo;. no se ven sino gentes cadavéricas, azoradas, y como fuera de sí; no se oyen sino lamentos de unos, maldiciones de otros, desesperaciones de otros, ayes y plegarias de otros; y todos no esperan sino que Quautla el dia menos pensado arda en llamas de fuego y los abrase vivos. ¡A tales extremos los reduxo Calleja! El golpe de Calleja en Quautla no se siente en solo Quautla, llega su terror hasta Yzucar, Tasco, Chilapa; llega à todos los Insurgentes desparramados por el Reyno, todos han caido de animo con la pérdida de Quautla, no saben que hacerse desvaratado el indio Morelos en quien depositaron todas sus esperanzas, muerto el abominable Hidalgo. Su rabia y encóno, ellos tienen la bondad de decirnosla en esos papelucos que han tirado medio impresos dirigidos: „*à la maldita Legion del criminal Calleja.*" Papeles que honran mas al General Calleja y su Legion, que quantas alabanzas le puedan prodigar los que abominan la Insurgencia. Los que tenian órden de Morelos de acercarse à México y estaban alerta, para de Quautla dar el asalto à la Córte, gritar: viva Morelos, viva la independencia, se quedaron con las ganas, se fueron con las orejas agachadas à otra parte, consolandose mutuamente de que en otra ocasion serà, que no hay que dexarlo; y los aficionados à Morelos pueden desengañarse de que el Exército de Calleja arrostra con los de Quautla como con los otros.

En fin Quautla no exîste; feneció al fuego de Calleja. En lo sucesivo se dirá de ella lo que de Troya: aqui fue Quautla. Aqui fue donde se encontró Calleja con Morelos; aqui le encerro, aqui le echó por tierra

el Exército. Aqui fue el teatro de las crueldades de Morelos; aqui mataba cada dia alguno de los suyos temiendo no le entregaran á Calleja: aquí padecieron los cercados enexplicables calamidades, ardentísimos calores, plagas de Piojos, de Mosquitos: aqui murieron centenares de peste y hambre: de hambre, porque el inhumano Indio, el mal Sacerdote Morelos guardaba los víveres para sí y sus tropas, y á los otros que no le podian servir para sus infernales ideas, como eran los Viejos, Niños y Mugeres los dexó morir de hambre, muerte mas cruel, que la de las espadas y balas. Aqui fue el colmo de las glorias de Calleja, y aqui terminaron las de Morelos, y comenzaron sus desventuras. Aquellas conquistas por la banda del Sur, aquellos nuevos vecindarios agregados poco á poco á su dominio, aquel su despotismo, aquellas batallas que ganó á sus enemigos, las armas que les cogió, aquellas prosperidades que le siguieron año y medio, que le presagiaban el Imperio del vasto Reyno Americano, que ya, ya asomaba por las puertas de su casa, y como que le veia venirsele á las manos, ofrecersele con semblante risueño en ademan que tenia suma complacencia en ser suyo, en ser del Panza Morelos, aquellas torres de viento frabricadas sobre futuros contingentes, todo se estrelló aqui en Quautla, con el encuentro de Calleja, se desvarató, desapareció. Y aqui principia Morelos, quiera ó no quiera, à sentir los reveses de la fortuna.

Acompañado de los pocos que con èl pudieron escapar de Quautla, anda errante de uno en otro pueblo, publica en todos sin pararse en las mentiras que salió bien en Quautla, á fin de mantenerlos en su partido, y de que no le cojan y le entreguen. La con-

fianza se le mudó en temor, las pasadas satisfacciones de valiente conquistador en triste fugitivo: su imaginacion es agitada de mil consideraciones funestas que le atormentan; considera que los pueblos al verle volver atras, y con tan poca gente, al verle, por mas que aparente contento, no tan alegre y orgulloso, qual se debia esperar de una victoria como la de Quautla, entrarán en sospecha si ganó ó perdió; no puede menos de recelar que tiempo andando ha de llegar á noticia de ellos la verdad de lo sucedido en Quautla, que han de saber por lo claro su total ruina por Calleja, su pérdida de armas y artilleria, aquella espantosa mortandad por causa de él al rigor de la guerra, de la peste y de la hambre, que no tiene semejante en todo el curso de la revolucion; y esto le pone en la continua pena de que le echen en cara los ha engañado, se revelen contra él, se amotinen, le prendan, le entreguen á la Justicia, caso que no le maten en el tumulto. ¿Puede darse mayor tormento para Morelos? ¿Para un hombre sobremanera soberbio, cruel? ¿No le despedazará las entrañas la comparacion de su situacion presente con la pasada? Al traer à la memoria, que un paso no mas le faltaba para poner el pie en la cumbre de la elevacion, y que al presente no le falta mas que otro para caer en una cárcel, y de allí subir à una horca, ¿no se entregarà à la desesperacion, à las furias? El nombre, el recuerdo de Calleja, instrumento de sus desgracias ¿no le pondrá rabioso y endemoniado? ¿No le cargará de maldiciones, de oprobrios? ¡Mal hayas tú, le dirá perro gachupin, ladron, codicioso, ambicioso! Por tí me veo yo así, tu me has echado á pique, tú me quitaste en tres meses, lo que yo habia adelantado en año y medio: sino fue-

ra por ti, estaria yo en el sólio de México, disfrutando de los inciensos de un Imperio; no habria otro igual á mí en delicias, riquezas, honores, aplausos, grandezas; y por ti no tengo nada, por ti lejos de pensar en lo dicho, me veo en la precision de alejarme de México, de ver que modo me doi para salvar mi vida aunque sea en un rincon llena de miserias. ¡O criminal gachupin! Ojalá y nunca hubieras puesto un pie en este Reyno! ¡Otro gallo me cantaria! ¡O Quautla, triste suelo de mis escenas! ¡Nunca me hubiera yo acercado à ti, nunca me hubiera acordado de ti! En ti se acabaron mis anteriores felicidades, en ti padeci tantos trabajos y sustos, en ti empezaron mis desdichas. ¡O fortuna como te burlaste de mi! ¡Cómo al mejor tiempo me volviste las espaldas! Tal debe ser el estado del prófugo Morelos, tales los despechos que continuamente afligirán su espiritu, sin dexarle el menor resquicio de prosperidad, hasta dar con él de una manera ó de otra en el Sepulcro.

La tragedia de Morelos trae naturalmente á la memoria la del Cura Hidalgo, y la semejanza del uno con el otro, hace admirar los secretos de la divina Justicia. Hidalgo, no escarmentado con las pérdidas, sale de Guadalaxara al puente de Calderon á dar batalla á Calleja. Sale con un Exército que jamas se ha visto ni se verá tan grande en la América: mas de cien mil hombres, mas de noventa cañones: fusileria, caballeria sinnúmero: sale firmisimamente persuadido, que en Calderon se decide el punto à su favor, que allí arrolla á Calleja, único estorbo de sus designios, y allanado este paso, es el asunto concluido, se mete en México, toma posesion de la America, empiezan los gustos, las satisfacciones, se hace el hombre completa-

mente bienaventurado. Pero probó lo contrario; le desbarató Calleja, le desarmó, le confundió; y el que no desistió un punto de la empresa con las pérdidas de las Cruces, Aculco y Guanaxuato; en Calderon desesperó en un todo: y Calderon que en su fantasia iba à ser la suerte de sus dichas, lo fue de sus desdichas. En Calderon echa pie atras; el que hasta allí perseguia, desde allí empieza á huir; es cogido, encarcelado, ajusticiado; y se acabó Hidalgo. Ni mas ni menos sobre corta diferencia, su seqüaz Morelos. Insolente con las victorias, camina para la Capital. Toma por punto decisivo à Quautla, como el otro à Calderon. En Quautla se pertrecha fuertemente; junta quanta gente puede, la mejor y mas valiente; junta las mejores armas, echa el resto en Quautla, para de Quautla entrarse de un salto en México, y salir él con lo que no salió Hidalgo. Va Calleja; le aguarda el Emperador *infieri* de las Indias: mas no tuvo mejores resultados, que el pobre Hidalgo. Sufre el penoso encierro de tres meses, pierde lo mas y mejor del Exèrcito con armas y artilleria: pierde la opinion, pierde de una vez casi quanto tenia ganado. El que de Quautla pensaba girar á Mèxico, entrar, coronarse Emperador en quanto llegara, se dió por muy contento con haber podido escapar de Quautla con el pellejo: y Quautla que él contaba último escalon para sus glorias, por castigo de la divina Justicia vino à ser el remate de las disfrutadas, y principio de contratiempos, congojas, amarguras. Engañe à las gentes, huya de ellas, vuelvalas à reunir contra la Religion, escòndase debaxo de la tierra, tome el partido que quiera; Morelos mientras viva andará como Cain; vago, desesperado, consumido de la envidia. A su tiempo caerá en manos de la

Justicia que le dará su merecido: quando nó, algun particular le matará por acaso ó adrede; ó le tragará la tierra, ó le partirá un rayo del Cielo: pero sea del modo que fuere, siempre se dirá no tardando: que acabó el perversisimo Morelos, como acabó Hidalgo.

¡Gracias primeramente al Dios de los Exèrcitos, despues al Señor Calleja que en Calderon y en Quautla derribó à estas dos cabezas coronadas! ¡Que confusion, que un secular tenga que sacar la espada contra dos Sacerdotes! ¡Que un secular tenga que apaciguar lo que ellos alborotan! ¡Que en un militar se halle la humanidad, cristiandad y religion, y en dos Sacerdotes solo la irreligion, crueldad, impiedad! ¡Que Calleja haya de hacer en el pueblo lo que tocaba á Hidalgo y Morelos por su carácter sacerdotal! ¡O Señor, bendita sea tu Sabiduria, tu Justicia, tu misericordia! Tu nos has dado à entender en la presente revolucion, que hemos cometido pecados muy enormes, y nosotros ciegos con la multitud y gravedad de ellos no lo queriamos confesar. Acá nos teniamos por buenos: la regla por donde medíamos nuestra bondad no era la conformidad de nuestras obras con tu Stâ. Ley, sino la comparacion de acá con la España. Deciamos: la España se ha excedido sobremanera en la disolucion, son innumerables los delitos y pícardías que ha cometido; por eso Dios la castiga, por sus pecados padece el terrible azote de la guerra, por sus pecados los franceses la acaban, la consumen. Acá no tenemos ningun azote, acá disfrutamos de una paz Octaviana, será porque somos buenos. Y à la verdad no puede negarse que acá, gracias á Dios está la pureza de la Fe, de la Religion; hay mucha devocion muchos novenarios, mucha manigficencia en los tem

plos, mucho esmero y lucimiento en el culto. Asi quizas nos vanagloriabamos interiormente. A los predicadores que nos predicaron era nuestra Religion superficial, aparente, los tuvimos por ridículos, de ninguna autoridad, ó que lo decian por espíritu de oposicion, no de caridad. Si la Religion cristiana consistiera en meras apariencias, si el pecado no pudiera estar junto con los actos exteriores de Religion, tendria fuerza nuestro alegato. Pero Dios nos ha hecho ver que nos engañamos; que los predicadores nos decian la verdad, que nuestra Religion era fantástica, que debaxo de nuestras apariencias por no decir diversiones religiosas, nuestro corazon estaba corrompido, que hicimos al vivo la persona del fariseo: „*non sum sicut caeteri hominum.*„ Luc. 18. Nosotros no somos tan malos como los europeos, como si porque no fueramos tan malos como aquellos, nuestros delitos dexarán de ser delitos. Pues ya nos vino el azote, se acabó la paz, se levantaron los Insurgentes, vino la calamidad, la guerra, la hambre, lo mismo que en España ¿ que decimos ahora ? ¿ Nos vanagloriaremos todabia que acá no somos tan malos como allá? ¡ Buen consuelo! Hemos trastornado el órden. Quando al ver la España asaltada por los franceses, inferiamos que por sus gravisimos pécados padecia; y que nosotros no eramos tan malos, puesto que nada padeciamos, debiamos haber inferido como cristianos, de este otro modo:

Nosotros no somos mejores que los europeos: la España es la provincia predilecta de Dios; allí, en Zaragoza estuvo Maria Santísima; en España estuvo el Apostol Santiago, estuvo San Pablo, estuvieron los siete Discipulos que la enviaron, los Apóstoles, San In-

dalecio, San Segundo, Torquato, Ctesiphon, Cecilio, Hesiquio, Eufrasio: la España ha dado al Cielo innumerables Mártires en Zaragoza, Mérida, Alcalá, Galicia, Sevilla, Córdova, Toledo; prodigioso número de Confesores, Vírgenes, fundadores de religiones: no solo en los primeros siglos, desde que la América es cristiana ha puesto la España en los altares tantos Santos y Santas, que la América ni la llega à la mitad, ni à la tercera parte; no obstante, quando prevaricó, Dios la castigó terriblemente: luego à la América que no tiene tantos méritos que alegar, debiendo ser mejor que la España por razon de recien cristianizada, la castigará; con que debemos escarmentar en cabeza agena, debemos prevenir las iras de Dios con una seria reforma de costumbres. Así, así debiamos haber calculado. Mas nada de eso, nos ensoberbecimos, no quisimos reconocer nuestro pecado; pues Dios nos hizo ver que no somos mejores que aquellas naciones à quienes improperabamos.

Lo que abisma y merece particular atencion es, que dos Sacerdotes han sido los caudillos de la guerra con que nos castiga. Hidalgo y Morelos, dos ministros del Diablo, no de Dios, se constituyeron adalides de los Insurgentes, uno por un rumbo, otro por otro. Los dos tuvieron por discipulos á otra porcion de Eclesiasticos seculares y regulares, que tan iniquos como sus maestros conspiraban como à competencia unos á lo disimulado por debaxo de cuerda, otros á cara descubierta á amotinar los pueblos contra sus próximos y contra Dios, por gozar mas à su salvo conducto de una vida en extremo libertina, disoluta, uno de los primeros anhelos de su corazon. Los pueblos que vieron à los Sacerdotes aseglararse, y que por otra

parte no les desagradaban aquellas voces seductoras con que los acaloraban: fuera esclavitud, fuera injusticias, fuera despotismo, tirania, ya es tiempo de gozar de libertad, de recuperar lo nuestro, se dexaron alucinar voluntariamente, y apagando los estímulos de la conciencia, atropellando las leyes de la Religion, corrieron à millares á las banderas de los dos Anticristos, con el destino de matar gachupines una vez que se les proporcionó la ocasion; y de la noche à la mañana pasaron de cristianos (aunque malos) à tiranos, se declararon perseguidores de los cristianos, de la Iglesia de Dios. Cada dia se aumentaba el número de los Insurgentes rebosando alegria por ofrecerse à la disposicion de los dos Sacerdotes y hacer quanto les mandaran. Matar gachupines es el òrden que les dan Hidalgo y Morelos; esto dicen, es lo primero que conviene por ahora. Los Insurgentes admiten la propuesta con los brazos abiertos, prometen matar quantos haya en el Reyno. Por el ahinco de matar gachupines dexan la quietud de sus casas, el gobierno de sus familias; por matar gachupines, se exponen à los cansancios de los caminos, à los rigores del Sol, del frio, de las lluvias; à los temores y peligros que están conexôs à los que intentan matar á otros; ¡se conoce quan de corazon les salió la insurgencia ó deseo en matar gachupines! Por matar gachupines se exponen à perder su vida y echar su alma á los infiernos. Hidalgo y Morelos que no deseaban otra cosa, los electrizan, esparcen la maldita zizaña por todas partes, à fin de que no quede uno que no concurra al caritativo servicio de matar gachupines. Juntan los Pseudo Apóstoles millares de Prosélitos; van de pueblo en pueblo, no solo matan gachupines y criollos buenos que no quieren ser

Insurgentes; se arrojan tambien à todo género de atentados. Unos hombres los mas sin principios de verdadera educacion, sin honor, sin Dios, sin temor de justicia alguna à la sombra de los dos Sacerdotes, ¿ que excesos no cometerán ? Efectivamente ellos no han tenido en esta revolucion otro Norte, que el vicio. Las muertes, los latrocinios, los sacrilegios, escándalos, deshonestidades no tienen cuento; las miserias y lástimas que por ellos ha padecido la América, no hay expresiones con que pintarlas. Y para mayor castigo nuestro Hidalgo y Morelos son los ilustres personages que en primer lugar capitanean la incalculable multitud de Insurgentes; Hidalgo y Morelos autorizan los desarreglos de la desenfrenada canalla; Hidalgo y Morelos manejan el azote con que Dios castiga á la América. Hidalgo y Morelos con sus coadjutores los Correas, Tapias, Matamoros, Verduscos, Velascos, Saavedras son los que han sido el alma de la revolucion; sino fuera por estos malos Sacerdotes, no hubiera sido tan asombroso el número de los Insurgentes.

Pero Calleja favorecido del Cielo, ha sido el espanto de estos Lobos y su rebaño, les ha cortado el vuelo, los ha dexado atónitos en Quautla, no les queda otro apoyo que la multitud.

F. J. B.

MEXICO: EN LA IMPRENTA DE ARIZPE.
AÑO DE 1812.
CON LICENCIA.